

Crisis... ¿Qué crisis?

A TIENTAS, EN LA NIEBLA Y POR EL BORDE DE LA CORNISA

La medicina está en crisis desde hace tiempo y esto hace pensar que más que una crisis, que refiere a un período corto de tiempo (recordemos que la palabra deriva del griego *krísis* y significa “momento decisivo en un asunto de importancia”¹), se trata de un problema estructural, es decir, del modelo de medicina vigente. Se han ensayado varias respuestas con dispares resultados que no han cambiado sustancialmente la situación. Los signos de la insuficiencia de las respuestas que ofrece este modelo de medicina son la insatisfacción creciente de la población y de los profesionales; la atención que se ha vuelto fragmentada, despersonalizada y discontinua, con costos crecientes, con un festival de tecnología y moléculas de utilidad dudosa; el aumento de la conflictividad entre los pacientes y el equipo de salud, y la sensación de indefensión, la poca valoración de su tarea y la actitud defensiva de los médicos hacia los pacientes y el preocupante aumento de la judicialización de los conflictos. También es un signo la proliferación de medicinas alternativas, chamanes, soluciones mágicas y charlatanes a los que la gente acude al mismo tiempo que a la medicina oficial, en una especie de sincretismo utilitario que denuncia la falta de confianza en el modelo.

El modelo, aun sin el conocimiento de sus ejecutores, se funda en el positivismo y el positivismo lógico, también denominado concepción heredada (en adelante “CH”). La medicina pretendió subirse al tren de las ciencias, más específicamente de las ciencias duras que son el modelo de ciencia del positivismo, durante el siglo XIX de la mano de Claude Bernard (1813-1878), y en este modelo forjó su forma de ser en el mundo de la modernidad, con importantes éxitos, pero, al perder su visión crítica, como parte de ese modelo o por su insistencia pertinaz en continuar con él, se ve también arrastrada por la crisis de la ciencia.

La medicina continúa anclada en la primera mitad del siglo XX, amarrada al positivismo lógico, “un conjunto heterogéneo y más o menos complejo de autores y líneas de pensamiento cuyas génesis hay que rastrear hacia la segunda mitad del siglo XIX y aun antes, pero que se consolida en las primeras décadas del siglo XX y resulta de importancia capital para la filosofía de la ciencia en general... sea para aceptar y continuar las tesis principales, sea para plantear posiciones muy diferentes”².

Es imposible comprender la insuficiencia del modelo de la medicina sin abordar la crisis de la ciencia y, para ello, es indispensable recurrir a la epistemología como herramienta.

El positivismo

El término “positivismo”, aplicado a las ciencias, fue utilizado por primera vez por Saint Simon (1760-1825), pero cobra significación histórica con Augusto Comte (1798-1857), discípulo de aquel, en las primeras décadas del siglo XIX. Empleaba esta palabra para designar lo “real”, lo fáctico, lo observable y cuantificable, en oposición a lo metafísico, lo especulativo. El positivismo postulaba el conocimiento positivo (empírico, objetivo y con formalización de los fenómenos) como el único valioso y, como consecuencia, establecía una distinción tajante entre contexto de descubrimiento y contexto de justificación. El contexto de justificación es aquel relacionado con los aspectos lógicos y empíricos de las teorías y, por lo tanto, pertinente a la ciencia. El contexto de descubrimiento incluye los aspectos históricos, sociales, culturales y subjetivos que rodean la práctica de los científicos y cuyo abordaje no corresponde a la ciencia sino a la sociología, la historia o la psicología cuyos dictámenes no tienen relevancia epistémica o cognoscitiva alguna. Otro elemento característico del positivismo es el de negar todo valor cognoscitivo a los juicios de valor (éticos y estéticos) y los enunciados normativos, ya que los valores no son elementos del mundo accesibles a nuestra experiencia.

Otro rasgo destacado del positivismo es la unidad metodológica que se refiere específicamente a la concepción acerca de la ciencia. El positivismo mantiene la fe en la unidad fundamental del método científico, sostiene que los modos de acceso al conocimiento son los mismos para todo tipo de saber (fundados en la experiencia), y también son iguales los modos a través de los cuales la experiencia disponible en algún campo específico es elaborada por la reflexión teórica. Esto tiene varias consecuencias:

- Se reduce la razón a la ciencia. El conocimiento científico aparece no solo como el exponente más elevado y acabado de la razón humana, sino que se constituye en la única racionalidad posible.
- El modelo de todo saber es la física, ya que, entre todas las disciplinas empíricas, es la que ha elaborado los más valiosos modos de descripción, y cuyas explicaciones se extienden a las propiedades y a los fenómenos más universales dentro de la naturaleza. Este “estigma” de la física es tan fuerte que casi ningún epistemólogo puede sustraerse a él y, aunque no sean positivistas, en la casi totalidad de la literatura epistemológica de este siglo, la mayoría de los ejemplos de historia de la ciencia que utilizan en apoyo de sus tesis provienen de la física.
- A partir de lo anterior se establece una jerarquía de las diferentes disciplinas científicas y aquellas ciencias que no hayan alcanzado el grado de desarrollo de la física se encontrarían en un estadio inferior.

- Reduccionismo. Está relacionado con la propuesta positivista de la unificación de las ciencias, o sea la reducción paulatina a ámbitos de explicación cada vez más unificados y abarcativos, situación que, lejos de significar una explicación más adecuada, se convierte en una simplificación que deja de lado las especificidades, que, además de enriquecer el conocimiento, hacen del quehacer de los hombres algo cualitativamente diferente del de la legalidad de la naturaleza. Un reduccionismo generalizado apostaría a reducir la conducta humana a lo biológico, lo biológico a los procesos químicos y estos, en última instancia, a la física.

El Círculo de Viena. El positivismo lógico, empirismo lógico o concepción heredada

Desde 1924, Moritz Schlick (1882-1936), quien era el encargado de la cátedra de Filosofía de las Ciencias Inductivas en Viena, organizó grupos de debate donde intervinieron importantes matemáticos, filósofos, sociólogos y físicos. Este grupo, que se reunía con el propósito de establecer una “filosofía científica”, publicó, en 1929, *El Manifiesto del Círculo de Viena*, donde explicitaron sus objetivos principales, que eran, básicamente, la constitución de una ciencia unificada que abarcara todos los conocimientos, con el uso a fondo del análisis lógico de los enunciados científicos. Los positivistas lógicos, herederos del positivismo, extremaron esta concepción; pretendían una ciencia precisa, empírica y que recurriera a la lógica (lógica matemática fundada por George Boole, Gottlob Frege, Bertrand Russell y otros), con el supuesto de que el conocimiento es un reflejo fiel y neutral de lo conocido y el estudio del lenguaje en que se describe la realidad es la forma más objetiva e intersubjetiva de conocimiento (giro lingüístico). Esta idea descansaba en el supuesto de que existen enunciados elementales (pretensión de reducción del conocimiento a enunciados elementales del lenguaje) que se corresponden con hechos simples de la realidad (representación).

El positivismo lógico vienés también pretende desentenderse de los problemas de la producción del saber. No se interesa por la génesis del conocimiento científico, contexto de descubrimiento, ya que este será un problema para la sociología, la historia o la psicología, pero no para determinar la verdad o falsedad de una teoría científica. Se ocupa solamente de las cuestiones de justificación o validez de las hipótesis, contexto de justificación, a través de dos instancias: el control empírico de sus enunciados de primer nivel y la validez lógica, o sea la corrección de la estructura deductiva que vincula las hipótesis fundamentales con los enunciados empíricos. El hecho de que únicamente estas sean las instancias decisorias de la verdad o falsedad de las teorías científicas permitiría garantizar lo que para el positivismo es condición básica

del conocimiento científico: la objetividad del saber. En este aspecto, la postura del Círculo de Viena llevó adelante una verdadera militancia antimetafísica. Podríamos decir que si hay un rasgo distintivo del positivismo lógico es su carácter ampliamente reduccionista: reduce unas ciencias a otras; reduce el conocimiento humano relevante a aquel que tiene su origen en lo empírico; pretende reducir la diversidad metodológica a la unidad, y por último realiza una estratégica e ideológica doble reducción: reduce la racionalidad a la ciencia y esta a sus aspectos puramente metodológicos (el control lógico y empírico de las teorías científicas).

Si nos atenemos a esta caracterización general de la postura del empirismo lógico podremos comprender una de sus tesis fundamentales: el “criterio verificacionista” del significado, según el cual las únicas proposiciones que pueden formar parte del *corpus* de la ciencia son aquellas que se pueden verificar empíricamente. Esta verificación es la que les otorga a las proposiciones sentido o significado; las otras, lisa y llanamente, carecen de él. Obviamente, con este criterio estrecho, las afirmaciones de la metafísica en particular, y de la filosofía en general, carecen de sentido para esta concepción científica del mundo.

En dicho marco, la filosofía, como disciplina, queda reducida al análisis lógico del lenguaje, a un mero instrumento al servicio de la purificación de las ciencias de los defectos del lenguaje natural.

Por otra parte, para el positivismo lógico, la ciencia tiene un desarrollo gradual y acumulativo, vale decir que se construye acumulando conocimientos sobre los ya obtenidos, previo descarte de las teorías o las partes de ellas que hubieran demostrado ser manifiestamente falsas. Así, la historia de la ciencia será la historia de los pequeños aportes que en el pasado se fueron haciendo teniendo en cuenta el estado actual de la disciplina. La relevancia de los trabajos científicos del pasado es considerada en función del mayor o menor aporte respecto de la ciencia del presente sin respetar la especificidad histórica y sin tener en cuenta las peculiaridades contextuales.

Esta forma hegemónica de entender la ciencia moldeó una forma de ver el mundo que permeó a la sociedad en general hasta formar parte constitutiva de nuestro sentido común, modeló un mundo sin lugar para la ética, la estética; un páramo helado dibujado con fórmulas matemáticas sin lugar para la sensibilidad, la creatividad ni para la poesía; un promontorio de cristal con método y propósito tallado con las herramientas que conquistaron la naturaleza; un mundo arrasado por una visión única que, armada de objetividad, despreciaba la indeterminación, en fin, la mayor parte de lo que nos hace humanos. Esta concepción es el resultado de la constitución del hombre moderno, el sujeto cartesiano que expresa la filosofía cartesiana que intentó encontrar una certeza sobre la que cons-

truir una ciencia segura e indudable. Esta certeza era el *cogito* (pienso) que define a un sujeto que está pensando con un método que se convierte en actor central y pretende ser único para todas las ciencias. Este hombre devenido sujeto pretende observar el mundo tal cual es, objetivamente, es decir, independiente de su propia mirada, y su herramienta fue el lenguaje concebido como representativo, es decir, una semiótica sin intermediarios entre sujeto y objeto que confería a las palabras una representación absoluta de la realidad.

Esta forma de ver el mundo fue asumida como la forma natural de ver, y tanta fue esta naturalización que ya ni siquiera se la consideró “una forma de ver” y las teorías clásicas sobre el conocimiento ya ni se consideraron interpretaciones sino descripciones obvias de cómo eran las cosas en realidad. Esta concepción objetiva generó una transparencia que Najmanovich denominó “paradoja de la evidencia” a partir de la cual lo evidente se hace invisible.³

Este punto de vista naturalizado como evidente implica que los médicos no podemos ser más que observadores no comprometidos con el proceso salud-enfermedad, que este proceso se limita a sus componentes biológicos, que los aspectos psicológicos y sociales son efectos colaterales indeseables que aceptamos de mala gana por ser innegables pero que competen a otras disciplinas, y que nosotros, los médicos, debemos ser objetivos e imparciales, es decir, no formamos parte ni influimos en este proceso, solo tenemos presencia e intervenimos en los aspectos instrumentales. Otro aspecto importante, como efecto de la militancia antimetafísica que rechaza el pensamiento filosófico y ético es que genera la ilusión de que los aspectos ideológicos, las luchas de poder, la política, son asuntos ajenos a nuestra actividad.

Esta paradoja de la evidencia significa, además, que no es posible concebir ninguna otra forma de ver el mundo más que la de la CH, lo que nos coloca en la posición de estar a tientas, en la niebla y por el borde de la cornisa, porque ni siquiera tenemos conciencia de que este es el marco teórico desde el cual operamos y tampoco tenemos noción de otras posibles formas de pensar y concebir nuestra actividad.

DE UNA VISIÓN ÚNICA A UNA VISIÓN RELATIVA

El Círculo de Viena en particular y la CH en general han tenido sus aspectos positivos, como el desarrollar un esfuerzo muy importante por entender y analizar la ciencia moderna; de hecho, con ellos nació la filosofía de la ciencia; otro gran aporte es el intento de depurar el lenguaje y la estructura lógica de las teorías. “El gran déficit de la CH no fue tanto defender tesis equivocadas, aunque algunas no lo han sido, sino ser un análisis muy parcializado de la ciencia que ha dejado de lado aspectos relevantes” (Palma, 2008).⁴ El problema del reduccionismo no es tanto lo

que queda incluido en lo que recorta, sino lo que deja fuera del campo científico y es un importante blanco para las críticas.

Es difícil precisar cuándo comienza efectivamente un proceso histórico, pero podemos marcar diversos hechos que nos llevan a afirmar que la CH y el positivismo estén duramente cuestionados.

Las reacciones frente al positivismo surgieron desde la sociedad en general como el movimiento romántico o la filosofía de Friedrich Nietzsche, desde la ciencia misma y desde la filosofía de la ciencia.

Desde la propia ciencia, los cuestionamientos se originan en la física que es, paradójicamente, el modelo de ciencia del positivismo con el Principio de indeterminación de Heisenberg. Este fue enunciado en 1927 y establece que es imposible conocer simultáneamente la posición y la velocidad del electrón y, por lo tanto, es imposible determinar su trayectoria. Este principio desarrollado por la física cuántica da por tierra con el determinismo agitado como estandarte del positivismo y de la CH y obligó al propio Einstein a afirmar: “Dios no juega a los dados...”.

Otro estandarte era la reversibilidad de los fenómenos, que fue demolido por el segundo principio de la termodinámica que dio el fundamento para la termodinámica no lineal de los procesos irreversibles desarrollada por Ilya Prigogine, premio Nobel de Física y que dio posibilidad al ingreso del azar y el caos en la ciencia. Desde la propia epistemología, uno de los primeros, o tal vez el primero, en introducir una crítica aunque moderada del positivismo, fue Karl Popper (1902-1994). Popper era un antiempirista y un antinductivista radical por la insalvable no validez del método para afirmar la verdad en sus conclusiones; además tiene el mérito de introducir el concepto de carga teórica de la observación, es decir, no existe observación posible sin teoría, sino que la teoría guía la experimentación.⁵ Este pensador crea el recurso del falsacionismo para evitar la falacia de afirmación del consecuente en la que se cae con el método hipotético-deductivo. De esta manera tampoco se puede afirmar nunca la verdad de una conclusión; es por eso que las leyes científicas son contingentes y transitorias.

Popper también intenta establecer un límite de demarcación entre ciencia y no ciencia en función de la falsabilidad de las teorías y esto hace que sea calificado de positivista.

La verdadera revolución en la epistemología, por su impacto y difusión, se produjo en 1962 con la publicación de *La estructura de las revoluciones científicas* de Thomas Kuhn. Este autor introduce la sociología, contexto de descubrimiento, las prácticas sociales concretas de la comunidad científica y la historia como factores determinantes en la evolución de la ciencia. Kuhn describe la ciencia como un proceso con rupturas (revoluciones), discontinuo, intercalado con períodos de estabilidad (ciencia normal), también introduce

los conceptos de paradigma e inconmensurabilidad. Si bien hay que destacar a este autor por la difusión y utilización de sus ideas, es preciso señalar que hubo otros autores que habían planteado tesis similares y a los que Kuhn reconoce su deuda intelectual, como Gastón Bachelard, Georges Canguilhem, Alexandre Koyré, etc., y es necesario puntualizar que la aparición de “Qué son las Revoluciones Científicas” constituyó un punto de inflexión y de no retorno en la historia de la epistemología.⁶

Las críticas a la CH no tuvieron como resultado el reemplazo de un paradigma hegemónico por otro. Hoy en día coexisten distintas líneas de pensamiento filosófico y la propia crisis ha dado lugar a la proliferación de pseudosaberes, magias y astrologías varias, medicinas alternativas en una mezcolanza con filosofías ramplonas, *new age*, ufología, creacionismos recargados que comparten las pantallas de los nuevos jueces de verdad, los medios masivos de comunicación, alternando con algunos contenidos científicos serios. Estas creencias siempre han existido, pero la posmodernidad ha sido el campo de cultivo apropiado; las ilusiones se transformaron en el *desencanto* por la pérdida de los valores de la modernidad, de la racionalidad, de las verdades científicas, de las ideologías, de las utopías; en la *incertidumbre*, por la presencia del azar en las cosas y la contingencia de los hechos; en la *fragmentación* que hoy explica las manifestaciones de heterogeneidad, pluralismo, localismo y etnias exaltadas.⁷

CASI COMO UNA PROFECÍA AUTOCUMPLIDA

La medicina, como parte de la sociedad que es, no ha escapado a este proceso y, ante tal panorama, continúa ofreciendo respuestas decimonónicas porque ha perdido la capacidad de reflexión sobre su propia actividad, permanece refugiada en la ilusión de certeza que ofrecen las estadísticas, insiste en la objetividad que la aleja cada vez más de la gente, se refugia en un instrumentalismo que cada día gana protagonismo a expensas del razonamiento médico, persevera en mostrarse como una actividad técnica negando los factores de poder políticos y económicos que la atraviesan, se obsesiona buscando respuestas a preguntas que le son dictadas por la industria y el economicismo sin ver las preguntas obvias que aparecen a cada paso, medicaliza la vida y transforma a los pacientes en clientes, que son individuos a los que atribuye la responsabilidad de su salud negando el papel de la sociedad y del Estado.

Si es que existe alguna capacidad de generar respuestas diferentes, lo será reflexionando acerca de nuestra forma de ser médicos utilizando como herramienta para ello la descripción de Eduardo Menéndez del Modelo Médico Hegemónico,⁸ que no es otra cosa que la expresión del modelo de la CH aplicada a la medicina. Pero eso, eso será tema de otro artículo.

Ricardo La Valle

Servicio de Clínica Médica.
Hospital Italiano de Buenos Aires

REFERENCIAS

1. Corominas J. Breve diccionario etimológico de la lengua castellana. 3ª ed. Madrid: Gredos; 2003.
2. Palma H. Filosofía de las ciencias: temas y problemas. San Martín, Pcia. de Buenos Aires: UNSAM Edita; 2008. p. 23.
3. Najmanovich D. Mirar con nuevos ojos: nuevos paradigmas en la ciencia y pensamiento complejo. Buenos Aires: Biblos; 2008. p. 15.
4. Palma H. Op. cit., p. 73.
5. Chalmers A. ¿Qué es esa cosa llamada ciencia? Madrid: Siglo XXI; 1984.
6. Palma H. Op. cit., p. 124.
7. Baranchuk N S. Salud y posmodernidad. Buenos Aires: Almagesto; 1996. p. 14.
8. Menéndez E. El modelo médico y la salud de los trabajadores. Salud Colectiva. 2005;1(1):9-32.

BIBLIOGRAFÍA

- Chalmers A. ¿Qué es esa cosa llamada ciencia? Madrid: Siglo XXI; 1984.
- Díaz E (editora). La ciencia y el imaginario social. Buenos Aires: Biblos; 1996.
- Glancich E, Ibáñez R, Lorenzo M, et al. Notas introductorias a la filosofía de la ciencia. Buenos Aires: Eudeba; 2000.
- Kuhn T. La estructura de las revoluciones científicas. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica; 2004.
- Lipovetsky G. La era del vacío: ensayos sobre el individualismo contemporáneo. 12ª ed. Barcelona: Anagrama; 2000.
- Najmanovich D. Mirar con nuevos ojos: nuevos paradigmas en la ciencia y pensamiento complejo. Buenos Aires: Biblos; 2008.
- Palma H. Filosofía de las ciencias: temas y problemas. San Martín, Pcia. de Buenos Aires: UNSAM Edita; 2008.